

¿CATÁSTROFE CLIMÁTICA?

Este es un tema un tanto incómodo. Estamos en una ruta de confrontación directa con la negación abierta del calentamiento global. La industria de combustibles fósiles y su influencia sobre la política es el principal elefante blanco en la habitación y su peso quedó al descubierto cuando se publicó el informe final 2022 del IPCC, autoridad mundial líder en asuntos climáticos. Sin embargo, aunque el rol de la industria petrolera era destacado a lo largo del informe de casi 3 mil páginas, los científicos notaron que misteriosamente el tema estaba ausente en el Resumen para los responsables de las Políticas, que generalmente es el que atrae más la atención de los medios. Hoy se percibe como imposible restringir las emisiones, que en estos años han estallado, mientras parece acercarse aceleradamente el momento cuando seamos llamados a movilizarnos para “salvar al planeta”, con todos los recursos tecnocientíficos que desgraciadamente serán necesarios. El desorden climático global, que se vivía como una posibilidad abstracta, está ya encima de nosotros. La filósofa belga Isabelle Stengers, autora con el premio Nóbel de físico-química Ilya Prigogine de dos libros sobre la *teoría del caos* (1984, 1997) así como de otros valiosos trabajos sobre la ciencia moderna y lo que llamó la *cosmopolítica*, ha escrito un ensayo diferente, como ciudadana que experimenta en carne propia los desarrollos de la vida contemporánea, tratando de criticar y desbancar la idea de progreso y el eficientismo racional promovido por las fuerzas que impulsan al capitalismo en esta fase de “economía del conocimiento” (*En tiempos de catástrofe*, [2009], 2017). Argumenta que quienes, mayormente científicos, pensaron que era suficiente con sonar la alarma descuidaron el hecho de que las fuerzas políticas ya habían entregado el timón al capitalismo renunciando a cualquier libertad de acción.

Hace 50 años cuando las perspectivas de la innovación técnico-científica eran sinónimo de progreso, hubiera sido inconcebible no esperar que los científicos y tecnólogos solucionaran los problemas del desarrollo. Pero esa confianza ha sufrido mucho, más aún con la “economía del conocimiento”, que asegura que las respuestas que los científicos no dejarán de proponer no permitan evitar la catástrofe que éstos apenas comienzan a procesar. Desde los 70s se volvió claro que había un denso conjunto de relaciones que las disciplinas científicas habían venido analizando en forma separada –seres vivos, océanos, atmósfera, clima, suelos más o menos fértiles– que proporcionaba el contexto para la vida del planeta (que James Lovelock y Lynn Margulis bautizaron como *Gaia* (1974) y que Stengers retoma parcialmente), producto de una historia de coevolución donde la variación en un aspecto tiene múlti-

ples repercusiones sobre el resto. Stengers la presenta como una entidad insensible, que reacciona (en el sentido biológico del término *irritabilidad*) frente a ciertas condiciones que nosotros mismos hemos creado.

Los científicos han hecho su trabajo y también han logrado hacer sonar la alarma a pesar de todos los intentos de acallarlos, imponiendo una “verdad incómoda” no obstante las acusaciones que se levantaron en su contra de haber mezclado la ciencia con la política. Han sido capaces de resistir porque sabían que el tiempo contaba, y que no eran ellos los responsables, sino aquello a lo cual se oponían, lo que en la nueva gobernanza constituye una forma de despolitizar las decisiones respecto al futuro debido a la falta de legitimidad social, reduciendo la política a una suerte de gerencialismo para imponer sus imperativos sobre el planeta entero. En esto los economistas y otros candidatos a la producción de respuestas globales basadas en la “ciencia” sobresalen sobre otros expertos, pues la organización económica capitalista busca la manera de hacer de la crisis un negocio para evitar a toda costa el cese o retroceso del progreso en la guerra económica. Su autoridad contribuye a que el mundo siga funcionando como siempre, dirigiéndolo a una catástrofe. Como ejemplo, Stengers evoca las ideas del capitalismo verde y los mercados de carbono, incluso los Objetivos del Desarrollo Sostenible propuestos por las Naciones Unidas, donde algunas metas son planteadas más en términos de oportunidades de emprendimiento y desarrollo económico, no siendo vinculantes y apelando más a voluntades políticas que a otra cosa.

Para evitar ese final la autora propone articular voluntades, reconociendo las diferencias del conocimiento científico asociado a practicantes-expertos y el saber lego asociado a usuarios. Toca aprender juntos en múltiples luchas y con compromisos divergentes en un proceso de creación, dudoso e incierto como pueda ser. Un mecanismo sería para los usuarios interesarse en las cuestiones en las que supuestamente no debieran inmiscuirse, y para los científicos escuchar esas preguntas y experiencias que no se dignaban a atender por ser ajenas a su campo, creando confianza en la acción común, en condiciones de igualdad atravesadas por la heterogeneidad de lo particular. En esto Stengers no pretende ser original, aunque sí apoya la acción local en relación con diferentes grupos de interés que crecen cada vez más en todo el mundo.

HEBE VESSURI

Investigadora emérita

Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas